

y de las condiciones y cualidades que el orador debe tener, y de las que han de brillar en los discursos, sermones y conferencias. Pero lo cierto es que la oratoria, de cualquier género que sea, del Parlamento ó del Foro, la sagrada en su forma sencilla ó pastoral, ó la solemne de las grandes fiestas, se reducen en último término á lo que llama el Sr. Maura «solidaridad de ideas entre el orador y el auditorio, al efusivo contacto de muchas almas hermanas, creadas á semejanza de un mismo Dios, alentadas por igual destello de su omnipotencia, ansiosas siempre de una misma luz, que nombramos verdad, bien, belleza ó amor, desterradas y reclusas en diversidad inefable de mazmorras carnales; almas que, congregadas al conjuro de la voz, olvidan un instante su cautiverio y sus afanes» para meditar en los negocios de la tierra ó en los intereses del cielo.

Mas para llegar á ese resultado sublime, que San Agustín resumía en aquellas palabras que cita el Sr. Sánchez Juárez: *Prædicator laboret ut intelligenter, ut libenter, ut obedienter audiat*, ¡qué cúmulo de recursos hace falta al orador sagrado! Lo primero que debe tener en cuenta es el alcance de sus fuerzas y del tono y las inflexiones de su voz; después ha de conocer, tanto el asunto que va á tratar, como el público que le va á oír; añádanse la forma correcta y apropiada con que ha de vestir los pensamientos y las imágenes, y su distribución ordenada y metódica; la claridad con que desde luego ha de formularlos concretamente, sin brumas ni vaguedades; la demostración amplia ó reducida, según los casos, para cerrar todas las puertas á la duda; la solidez de la doctrina y el buen gusto en la elección de

materiales, el desarrollo de los temas, según su importancia é interés, el estilo sencillo ó patético y el lenguaje culto y siempre accesible á la multitud, no con el fin de agradar, que es el fin de algunos oradores, sino con el objeto de convencer y persuadir, que es el fin de la oratoria, y sobre todo, el fervor, el entusiasmo santo que dimana de la oración previa y de una atmósfera de tristeza y santa melancolía que va acompañada del amor de Dios y la salvación de las almas, y es inseparable compañera de esa otra virtud que no se aprende ni se describe en los tratados de elocuencia ni de retórica: la unción. *Et hoc se posse magis pietate orationum quam oratoris facultate non dubitet: sit prius orator quam Doctor.* Entonces, como declara el Sr. Sánchez Juárez comentando á San Agustín, después de haber fijado en Dios la mente é inspirar en Él su lengua, y sediento de aguas vivas haberse postrado ante su trono y alcanzado la hermosura de sus dones, sólo entonces puede repartir el bien y la verdad entre las gentes, á fin de que ellas busquen en Dios su descanso y recompensa.

Porque se han olvidado estas condiciones se halla decaída la oratoria sagrada, que se parece algo á la oratoria de los tiempos de Fr. Gerundio, cuya raza no se ha extinguido del todo, ni es probable que se extinga jamás. Porque dado el troquel en que hoy se forma la mayoría de los predicadores (si es que no existe para muchos la generación espontánea), y no se pone remedio eficaz á tantos abusos, el mundo inmediato venidero podrá oír y contemplar á charlatanes y saltapúlpitos, que creerán fácilmente que es igual subir á la cátedra del Espíritu Santo que á un tenderete de

específicos en la plaza de Santa Cruz ó en la de Antón Martín. Hoy se ven algunos predicadores que sin haber estudiado los rudimentos más indispensables de las grandes cuestiones que agitan y conmueven á la humanidad, arremeten con los más graves problemas y las objeciones más fuertes, sofisticas ó especiosas, y... ni resuelven los problemas ni desatan las dificultades, dejando al oyente escéptico ó incrédulo (que asiste á las iglesias con más frecuencia de lo que se supone) en la convicción de su error, ó con la duda más arraigada, si la tenía. Se ve á otros que mueven los brazos como aspas de molino de viento, y por confundir los movimientos del entusiasmo, que el púlpito no excluye, sino que los reclama, con las contorsiones del histrión ó las actitudes del cómico, usan ademanes soberanamente ridículos, abuecan la voz con majestad solemne, cuando el cerebro está libre de ideas, y lanzan sobre la muchedumbre un discurso de una hora, el cual, si *se exprime*, sólo da unas cuantas vulgaridades insulsas, envueltas en largos períodos que el público no puede entender, porque todo es vacío, ni es probable que las entiendan sus autores. Otros, en fin, con pedantería inconcebible, se atreven á utilizar cuatro términos técnicos cuyo significado se les oculta, y sin haber visitado jamás un gabinete ó un laboratorio, aceptan el compromiso de pronunciar un sermón ó un discurso científico ante una academia de hombres ilustres, que suelen salir escandalizados ó con la sonrisa en los labios, cuando no es la carcajada sonora, porque el orador, llamémosle así, les dió motivo más que suficiente para ello.

Hay quienes condenan el hablar de ciencias

profanas en la cátedra del Espíritu Santo: unos porque no las estudiaron nunca, y otros porque ven los resultados deplorables á que conduce tal atrevimiento. No soy del parecer de los primeros. El que predique, v. gr., ante un concurso de médicos ó de ingenieros de minas, no ha de pronunciar un sermón de común de Confesor ó de Virgen, sino que debe medir sus fuerzas y saber si tiene los conocimientos necesarios para relacionar, de alguna manera natural y no forzada, la historia de la Santa ó del Santo, que el público sabe de memoria, con los estudios especiales que cultivan los oyentes. Si el orador nada sabe de esos estudios, lo mejor será que rechace el compromiso, lleno de asperezas indudablemente, por su bien y por el honor de la Religión.

Pero voy notando que es poco menos que inútil el predicar de esta manera á los predicadores atrevidos y petulantes, porque ni piden consejo á nadie, porque se creen aptos para todo, ni hay quien se lo dé, por el temor de exasperarlos ó entristecerlos, y carecen, además, de buen criterio, ó de otra virtud más importante á los que van en busca de la verdad, para escoger entre los amigos suyos dos ó tres que les vayan señalando los defectos de cada sermón. Cabe manifestárselos con algunas *indirectas* delicadas; pero no suelen entender este lenguaje, ó lo toman á broma. En cambio, creen á pies juntillas que la opinión del público «se resume» en la voz de una criada analfabeta ó en la de una beata ignorante, que les felicita y da la enhorabuena porque «lo han hecho como siempre».

En suma; la mayoría de los predicadores deben preferir los asuntos de Doctrina cristiana, y ex-

ponerlos con claridad y sencillez ante el auditorio, como aconseja Su Santidad Pío X, que conoce bien el paño. Así no se daría motivo á las críticas que algunos periódicos suelen estampar en Semana Santa, muchas veces justas y acertadas, porque se oye cada herejía y cada vulgaridad que causan horror y merecen castigo. Y los que después de haber hecho examen riguroso de conciencia, y medido, con cálculo aproximado y sin ilusiones que son frecuentes, las energías de que disponen y las condiciones, ya descritas, que atesoran en su alma, se sientan con alientos para más grandes empresas..., que prediquen, en la seguridad de que el público ha de agradecersele y Dios se lo pagará, ya que los sermones buenos no se pagan.

Entre éstos, y en primera línea, hay que colocar al Sr. Sánchez Juárez. Aún se cita su nombre con veneración y respeto por multitud de personas que tuvieron la fortuna de escucharle; aún resuena su fama de orador sagrado en los oídos de la muchedumbre, que guarda en su corazón el eco de su palabra vibrante, dulce y persuasiva, con que logró conmoverla, y el recuerdo apacible de las lágrimas que la hizo derramar, y el rastro de luz con que, iluminándola de súbito, la hizo estremecer santamente, y que tardará mucho tiempo en extinguirse. Con razón el público echa muy de menos oradores de la talla del Sr. Sánchez Juárez, que tienen conciencia de su ministerio sagrado para no profanarle ó exponerle al ridículo; que no se lanzan á improvisar, con petulante osadía, y con la tranquilidad que en muchas ocasiones es fruto de la ignorancia del tonto á quien no matan penas, acerca de asuntos delicados, solemnes ó

graves que requieren esfuerzos de preparación extraordinarios y singulares requisitos que hemos apuntado ya. Decimos esto, entendiendo por improvisación el que no esté escrito el discurso; porque la improvisación en la elocuencia no suele darse nunca, ni aun en los arrebatos de la pasión ó el entusiasmo: es como un despertar de ideas, que unos realizan en media hora y otros en dos meses, según el caudal que tenga cada uno y la facilidad ingénita ó adquirida para enlazarlas y expresarlas por medio de la palabra.

De esta preparación adecuada á los temas y asuntos, que no es obstáculo, si se sabe hacer, á la nativa espontaneidad del orador, sino que la aumenta con arte, sin que el artificio se conozca, y la da mayor precisión, realce y brillo, nació la justa fama que se ganó desde sus tiempos de joven el Sr. Sánchez Juárez, persuadido, como aquel otro orador célebre, de que el éxito del mejor discurso suele ser, en términos generales, el éxito de la mejor y más reposada meditación. Y de ella dimanará también el que, á pesar de la diferencia inmensa que hay entre la palabra escrita y la hablada, los cuatro volúmenes de sermones que el Sr. Sánchez Juárez ha impreso: *Grandezas del Catolicismo*, *Excelencias y enseñanzas de San Antonio de Padua*, *Sermones y Homilias*, y éste de *SERMONES DE LA VIRGEN*, serán de los poquísimos que perduren como modelos en la oratoria sagrada española, por la composición clásica que se ve en todos, por los profundos conocimientos de Teología y Exégesis, Sagrada Escritura, Historia y Geografía, Ciencias y Artes, que con tanto acierto como buen criterio en ellos manifiesta: por el abundante y exquisito tesoro de materia-

les escogidos de las obras de los Santos Padres y escritores ilustres que contienen; por la viveza de la fantasía y el delicado gusto en las imágenes con que reviste los pensamientos, en lo cual quizá algún crítico escrupuloso halle exuberancia de flores; por la claridad pasmosa con que formula la proposición, terreno vedado á los oradores hueros; por la dialéctica inflexible con que la demuestra y la amplitud, proporcionada á cada caso, con que la desenvuelve; por la solidez de la doctrina y el hondo conocimiento de los asuntos que trata, de las costumbres sociales que combate, de las verdades eternas que predica, de los pecados que condena y de los sofismas que desvanece. Y si extendemos el análisis, no sólo á la obra escrita, sino al autor de ella, el Sr. Sánchez Juárez se distingue, como orador, por el buen sentido que revela al hablar ante gentes que cultivan una rama especial del Arte ó la Ciencia, y la manera con que logra plenamente sus propósitos; por la habilidad y maestría con que gradúa desde el púlpito, como con un termómetro espiritual, las ideas y los sentimientos de los oyentes para identificarlos con los suyos, que esto es la verdadera elocuencia, y por el modo con que se aprovecha de las circunstancias y del estado psicológico del auditorio para atemorizarle sin deprimirle, para levantarle sin envanecerle y, en último resultado, para impulsarle por los caminos de la verdad y del bien; por la grave solemnidad con que se deslizan sus razonamientos, sin producir en las almas descargas ó sacudidas eléctricas, y por la apacible suavidad con que las lleva como hipnotizadas, pendientes de sus labios, á las alturas de la virtud que ama y hace amable, ó á la sima del vicio que odia y

hace aborrecible, ó ante las nieblas del error que disipa, ó á los horizontes de la luz, con cuyos resplandores inunda el corazón de cuantos le escuchan; y, sobre todo, se distingue por la irradiación de los afectos, por el fuego santo y el entusiasmo de apóstol, por la unción que todavía se siente discurrir en cada una de estas páginas, de un modo principal en los valientes y tiernísimos apóstrofes, que sólo pueden surgir de un espíritu inflamado en el amor de Dios y en el celo por la salvación de los demás, nunca de un pecho enjuto, incapaz de sudar por dentro.

Porque hablando de oradores conviene no confundir el sudor interior con el sudor *epitelial*. Aquél se origina en el combate entablado entre el espíritu y la materia, en el interno trabajo cerebral, en el esfuerzo de la inteligencia que, por dar forma á las ideas, lucha con la rebeldía de la palabra, y suele reflejarse al exterior con síntomas de calentura; éste se da como efecto de las luces y del calor resultante de la aglomeración de personas en una iglesia reducida, y de un modo particular en épocas de verano; y aun puede proceder del movimiento de los brazos ó del trabajo de los músculos, pero casi nunca del trabajo del cerebro y del entusiasmo sincero y profundo que se opera en lo más íntimo del alma, de tal suerte que el orador suele bajarse del púlpito *tan fresco* como subió á él, aunque se enjugue la frente con el pañuelo y tenga que mudarse de túnica.

Por el contrario, ¡cuántas veces, como el guerrero después de la batalla, habrá sentido el señor Sánchez Juárez, al bajar del púlpito, el dolor en las sienes, la fiebre en los nervios, huesos y músculos, y en todo su cuerpo el cansancio y la fatiga, como

consecuencia del esfuerzo no común que hubo de realizar en el santo combate de la salvación de las almas! El trabajo enorme que revela en los sermones, con la lectura de los mismos se puede ver; lo que no se ve, aunque se adivina, es el nervio y la vida que él logró darles, y que es casi imposible repetir, aun cuando los discursos se puedan pronunciar. Ahí quedan, para bien espiritual del lector y estudio y solaz de los predicadores, el armazón de la obra y el cuerpo de sólida doctrina, lo único que suele quedar de la oratoria en el papel, utilizable en sus imágenes y pensamientos, en su elocución y estilo, y en todas las cualidades excelentes de que hicimos mención. Lo que no queda es aquella voz que se va apagando para el púlpito, ni la vida que se va extinguiendo para la sociedad, ni el santo fervor del apóstol que, viendo el fin de sus días, como los antiguos paladines cristianos coronados por la victoria, recoge las armas de combate y los laureles del triunfo, y viene, postrado de hinojos, á ofrecérselos á la Virgen, como á la Auxiliadora que fué en la lucha, como á la Inspiradora de sus cánticos, como á la Madre que cobija bajo su manto protector á todos los que de mañana la buscaron, en el camino de la vida, y la amaron y defendieron.

Los catorce sermones que el Sr. Sánchez Juárez consagra á la Reina de las Vírgenes fueron escritos en fechas muy diversas; y á pesar del tiempo que separa unas y otras (treinta y cinco años), entre la oratoria incipiente del joven lleno de vida y la del anciano lleno de experiencia, cuesta mucho ir señalando la gradación progresiva y ascendente en la elocuencia de su autor. En

todos, aun en los temas más delicados, brillan la exactitud teológica, el estudio luminoso y concreto de la ciencia y la piedad en amigable consorcio, el tino con que descubre las males sociales y las llagas hondas que la sociedad ha recibido desde el año 1863 á 1898, y se ve á la vez uno de los remedios morales que pueden cicatrizarlas: la sólida y ferviente devoción á la Virgen, como lo demuestran la Historia y la experiencia de todas las épocas.

Inspirado en esa devoción é inflamado en el amor á la Madre de todas las madres, el Sr. Sánchez Juárez levanta la bandera de la Inmaculada enfrente del estandarte de la impiedad, y para agrupar á los fieles, como á nuevos cruzados, bajo esa bandera, utiliza todos los recursos de la poesía y la oratoria, y va haciendo desfilar á los ojos del lector, en el sentido literal y místico, los tesoros inexhaustos de los nombres de la Virgen, que siendo tan varios, tienen siempre para el Sr. Sánchez Juárez nuevos encantos y excelencias: penetra en el tabernáculo de la sagrada persona de María, y describe sus grandezas y sus gracias, las efusiones interiores y las claridades sobrenaturales de su alma, el brillo de su majestad, el perfume de sus virtudes, sus trabajos, dolores y oprobios, el perpetuo *Magnificat* de su Corazón amantísimo, los efectos de su obra de corredentora, su protección y amparo, veinte veces seculares sobre los que gimen en este valle de lágrimas, y, á la vez, los homenajes, los amores, las adoraciones, las plegarias, los sacrificios, las delicadezas y las ternuras, la religión y la piedad con que los hijos de todo lugar y tiempo han respondido al amor de esa Madre «á quien todas las gene-

raciones llamaron y llamarán Bienaventurada.»

Leyendo estos Sermones de la Virgen se ven la poesía, la virtud y la fortaleza del Cristianismo. y al lector se le figura que se halla en el huerto de la Esposa del Cántico de los Cánticos, gozando de los aromas de las rosas de Jericó y de la sombra de los cedros del Líbano, de los cipreses del monte Sión, de los olivos de Getsemaní y las palmeras de Cades, donde es pura y diáfana toda la atmósfera, y todo es agradable á los ojos y seduce la fantasía, y todo penetra en el alma y la eleva á ese tranquilo firmamento donde las constelaciones son misterios dulcísimos y en donde cada estrofa del poema de la piedad es un himno religioso y perenne que sale del corazón de los hombres para unirse á ese otro himno sublime que los ángeles, habitantes de la gloria, y los mundos que pueblan el espacio, dirigen á la augusta Emperatriz de la tierra y de los cielos.

En suma: estos Sermones constituyen una fiesta para el corazón cristiano y son una diadema para la frente de la Inmaculada. Así como los niños en el mes de Mayo escogen de sus jardines las flores más hermosas para ofrecérselas á María, de igual modo el Sr. Sánchez Juárez, en su ancianidad, que tiene puntos de semejanza con la niñez, se postra ante el altar bendito, se abraza á los pies de la Madre, los cubre de lágrimas y besos, escoge de entre sus obras los tonos más dulces, las tintas más suaves, los pensamientos más delicados y los sentimientos más tiernos, para formar este precioso ramillete de flores, este vaso de perfumes exquisitos de los que pueden gozar con indecible encanto cuantos se acerquen á ellos con limpieza de ojos, alma y corazón. ¡Dios haga que estos Ser-

mones despierten á los dormidos en las sombras del error, confirmen en la fe á los que la tienen vacilante, contribuyan á santificar las costumbres, detengan á los desesperados en las contradicciones de la vida, consuelen á los que lloran, é inflamen en el amor de Dios y de la Virgen á tantos corazones hermosos, pero extraviados, que gimen, desfallecen y mueren, porque buscan amor y no le encuentran, y preguntan como San Pedro: *Ad quem ibimus?* La respuesta se halla ahí: al altar de María, que conduce indefectiblemente á Jesucristo, «vida, camino y verdad» para todos los hombres.

¡Que la Virgen Santísima derrame sus bendiciones y gracias «ahora y en la hora de la muerte» sobre el anciano venerable, cantor de sus glorias!

P. ZACARÍAS MARTÍNEZ-NÚÑEZ, *Agustino*,
Director del Real Colegio de Alfonso XII, en el Escorial.
